Luz de primavera

Era un día luminoso y frio de abril y los relojes daban las trece, en la oficina el tiempo pasaba despacio, la luz del sol entraba a través de la cristalera y dejaba sobre la mesa un cálido manto, absorta dejaba deambular la mirada, que iba, del reloj de la pared al reloj de mi muñeca, y de mi muñeca al reloj de la pared, comprobando que en los dos podía observar la misma medición.

Después volvía la cabeza hacía el gran ventanal y miraba pasar la gente, ahora una señora con su carro de la compra andando muy ligera, luego un grupo de adolescentes chillones que jugaban dándose empujones unos a otros, más tarde un anciano con su bastón y gorra de fieltro para protegerse la cabeza del aún frio mes de abril. El timbre sonó de repente espabilándome de mi sopor. Cuando entró, lo hizo un poco cohibida, mirando con inseguridad y desconfianza, su vestido de un color rojo burdeos llevaba sobre el escote unas llamativas incrustaciones de pedrería que imitaban al oro viejo, encima una chaqueta de paño negra con capucha y sobre la cabeza un pañuelo negro, al llegar a la altura del mostrador, el sol acarició los adornos y el brillo me deslumbró por un momento.

- Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? Le pregunté.
- Yo quiero informarme para alquilar piso aquí en el barrio.

  Su acento, aunque no muy marcado, no dejaba lugar a dudas sobre su origen magrebí.

- Tendría que precisarme un poco más el tipo de piso que busca y le haríamos una selección, le comenté.
- “Yo soy sola”, no marido, ni hijos, llevo en España 5 años, busco piso pequeño, no muy caro. Una leve sonrisa apareció de improviso, descubriendo su timidez.
- Pues me tiene que dar sus datos, nombre, teléfono y correo electrónico y le miraremos qué le podemos ofrecer, alguna cosa encontraremos.

  Quise indagar algo más acerca de su situación económica pues me dio la sensación de no estar muy desahogada.

- Perdone, ¿cuenta usted con un trabajo estable para hacerse cargo del alquiler? Necesitaremos un contrato de trabajo como aval.
- Sí, ahora estoy cuidando unos señores mayores y me han hecho contrato.
- Muy bien, ¿su nombre es?
- Aisha, me contestó, y a continuación me facilitó su teléfono y email.
- Señora Aisha: no se preocupe en cuanto tengamos la selección la avisamos, seguro que encontramos algún piso que le guste.

Ya eran las 14 horas cuando salió de la Inmobiliaria y a continuación siguiendo la rutina de cada día me dispuse a bajar la persiana y cerrar.

Pasó un año, como volando, en un suspiro, días y meses que crees haber vivido como en un sueño, siempre iguales, rutinarios y monótonos.

Trabajo, casa, trabajo, levantar la persiana, mirar a través de la ventana, observando a los demás en sus quehaceres cotidianos, niños, jóvenes, ancianos paseando, clientes , cuentas y facturas.

Aisha alquiló un piso y se instaló, de vez en cuando llamaba por algún desperfecto sin importancia y también avisó con un mes de antelación que lo dejaba definitivamente para volver a su país, parecía contenta e ilusionada.

Unos días después el dueño del piso me pidió ir a revisar que todo estuviera en orden para volver a alquilarlo, de camino paré en el quiosco y compré el periódico, en la página de noticias internacionales aparecía un artículo que me dejó la sangre helada, comentaba el asesinato de una joven marroquí de nombre Aisha El Morabit a manos de sus hermanos varones al negarse a contraer matrimonio con un pariente cercano a la familia, al parecer, según explicaba el diario, la joven residía en España desde hacía 6 años y había ido de vacaciones a Marruecos.

Al abrir el piso y sobre una silla olvidado se encontraba el vestido color rojo burdeos con el que se presentó el primer día que la conocí, descorrí la cortina del salón y el sol inundó la habitación, las falsas piedras brillaron con luz propia, el reloj marcaba las 13 horas y una lágrima resbaló por mi mejilla.

Juani Velasco